

y transparencia », « cuya agua se confunde con el mármol, sin saber cual de los dos se desliza »... « á semejanza de un amante, cuyos párpados están henchidos de lágrimas » ; marco de una fuente que mana la inspiración de todo un pueblo sutilmente refinado y profundamente artista: de una fuente que fué *mirhab* del Occidente y punto de conjunción de una cultura que ha muerto.

Aún pueden admirarse otros patios y otras salas todas ellas cuajadas de arabescos, todas ellas cubiertas de finísimos encajes, todas ellas ¡ vacías ! En este arcón primoroso, el ánimo encuentra á faltar el contenido : los muebles, los tapices, las lámparas pendiendo de las bóvedas de estalactitas, los jarrones de metálicos reflejos, los árabes como nota blanca armonizando en aquel fondo de oro. La Alhambra parece un objeto de museo sirviéndose á sí propia de museo, una joya á la intemperie sufriendo la inclemencia de la lluvia, un palacio tristemente abandonado por sus dueños. Se la cuida como se cuida un ilustre enfermo forastero, se le mima por los productos morales que reporta su buen nombre, se la enseña como objeto curioso ; pero falta en sus ámbitos el calor que mantenían sus creadores, el cariño de sus padres cariñosos, el amor á sus lares que hizo brotar lágrimas á Boabdil, al ver alejarse la silueta y sentirse desterrado de su soñadora Alhambra.

IV

El barrio de los gitanos

Hacia algunos días que en espíritu vivíamos la vida de la Alhambra, que nos batíamos tratando de interpretar sus arabescos y éramos siempre vencidos, que aspirábamos su ambiente é impregnábamos la luz que despiden aquellos patios portentosos y gozábamos la augusta tranquilidad de aquellas desiertas salas, poblándolas con el pensamiento de huríes bebiendo en las fuentes, de califas cruzando como blancas fantasmas misteriosas, de sultanas entrevistas detrás de las celosías, cuando escena imprevista despertónos de nuestros viajes por las nubes del ensueño, volviéndonos brutalmente á la vida real y antipática de las cosas terrenales.

Tenía lugar en la Alhambra espectáculo inusitado. Por el patio de la Alberca cruzaban hombres, llevando cestos repletos de platos y copas ; el maravilloso estanque, acostumbrado á reflejar columnas de mármol y primorosos arabescos, reflejaba camareros que entraban y salían, azorados; los carpinteros golpeaban á martillazo limpio, haciendo crugir los nervios de los sutiles machones, y en la torre de Comares preparábase una mesa á todo gasto, con las prisas de una improvisación que pasaba los límites de lo urgente.

Sí, aunque sea triste cosa confesar los anacronismos de nuestra pobre nación, en el salón del gran

sultán Abul Hachac, obra paciente y meditada, improvisábase un banquete á un señor ministro ; la sala de Embajadores, templo solemne de un pueblo majestuoso y reliquia sagrada de arte, y por lo tanto invulnerable, debía servir de teatro improvisado á no sé (ni me interesa saberlo) qué fracción conservadora, que obsequiaba á su amigo político ; las inscripciones árabes derramando poesía embriagada de incienso : « Me asemejo al solio de una esposa ». — « Los luceros bajaron á mí desde sus altas mansiones ». — « Yo soy á manera de arco íris cuando aparece en el cielo », tendrían que escuchar, al destaparse el *champagne*, á unos señores de frac, hablando de las delicias del partido, y « de los sagrados intereses morales y materiales », y las alabanzas á Dios, piropos mezquinos á entidades terrenales, al éxito infalible de las próximas elecciones y á la sana política conservadora, que de este modo conserva las reliquias de este pobre monumento.

Sentimos rubor por la Alhambra, vimos los árabes á lo lejos de la historia, más artistas que nosotros, y nos fuimos olvidando estas miserias de espíritu.

Al salir á la plaza de los Algibes, se encuentra siempre un tipo curiosísimo. Es un gitano de antigua cepa, vestido con toda la indumentaria de gitano contrabandista, á usanza de ópera cómica y figura de cuadrito de costumbres españolas. Su edad tendría que ser respetable; viste con los desechos de taller arreglados á sus hechuras y gustos, para encanto del extranjero que vá á la zaga de lo típico y característico : sombrero como un minarete, con

una borlita negra por cimborio, refrescándose en lo alto y cimbreándose al soplo de la más ligera brisa, camisa bordada al realce, chaquetilla corta con dibujos complicados en los codos y un florero de cuero en plena columna vertebral, chaleco más corto todavía que la chaquetilla y todavía más bordado, dado el menor espacio disponible para uso de bordaduras, la faja apretada por debajo, corto el pantalón hasta las polainas de cuero, trabajadas á prueba de paciencia, botas usadas y abusadas, y para mayor carácter, una canana con sus cartuchos vacíos, á fin de no hacer daño á nadie ni hacerse daño á sí propio.

Al pasar un forastero, se adelanta cortesmente, descargándose el cimborio, y presenta su tarjeta y su retrato, en cuyo dorso se lee :

MARIANO FERNÁNDEZ

Príncipe gitano

Modelo de Fortuny.

Generalmente, todo el mundo, no entendiendo aquel lenguaje ó no queriéndolo entender, pasa de largo, y nosotros habríamos seguido al mundo, pero aquel día, disgustados por el trastorno de la Alhambra y deseando trabar relaciones con gitanos y visitar el barrio de los dominios platónicos de nuestro extravagante Príncipe, le hicimos varias preguntas, que él contestó de un modo locuaz y por demás contundente. Había sido realmente el modelo de Fortuny, y de la fama del maestro había él conquistado su famita, con la cual vivía modestamente,

á pesar de su aire decorativo. Desde entonces no había pasado por Granada pintor cursi, sin que le hubiese retratado más ó menos ; sirvió mucho á los ingleses para apuntar en el librito la típica indumentaria de sus ropas ; los guías le mencionaban en sus *entreténidas* páginas, y tuvo su edad de oro, como todas las altezas de la tierra.

— Pero los tiempo se regüelven (nos dijo) y así me vea ahorcao y descosío, si miento. Y no sé, pero agora lo pintore se güelven desaborío. De nante pintaban, pongo por caso, un gaché, con su cañita de mansaniya y hablando con un torero, que aqueyo daba gloria er velo, ó bien un barbero afeitando un vejete, mientras un barbián se timaba con una rumí, ayá en la reja. — Aquí vino un monsiú alemán que hizo un cuadro, en donde me puso muy natural, que se lo crompó una gran casa de pasa de Málaga y que le diero muy güeno cuarto por él. Pero agora viene aquí lo pintore, y en ve de pintarme á mí, con ese traje que tiene tre chaqueta distinta y variá, se pintan un día nublao, con cuatro siprese con uno fleco asule, que aqueyo se paese á un campo santo. — Por lo demá (añadió después de sus quejas) si utees guta de visitá er barrio de los gitano, ó sea er Sacro Monte, yo les acompañaré en toda parte, que así me ahorque, que no han de encontrá un mejor guía.

Aceptamos las ofertas de su Alteza, y nos pusimos en marcha.

Antes que todo, quiso enseñarnos las ruínas de su cueva, caída á pocos pasos de la Alhambra y convertida ¡ ay ! en un montón de basura. Allí tenía el palacio el príncipe ; allí vivía feliz rodeado de

su corte, sus vasallos á pan y tijera... y un par de borriquillos, cuando un día aciago, un día de esos escritos en letras negras en la historia indeleble de los pueblos, empezó á desplomarse su palacio, á desprenderse la tierra que componía el vestíbulo, y con él vinieron á bajo sus vanidades de príncipe, vanidades defendidas hasta el último momento, porque si bien se acurrucaba él hacia la parte de adentro y prefería morir noblemente sepultado antes que abandonar sus legítimos dominios, llegó la democracia y algunos municipales y le arrancaron de allí, vivo aún, pero moralmente destronado.

Hoy puede ver lo que no pueden muchos príncipes : las ruínas de su cueva, convertidas en negro montón de escombros y cubiertas por el clásico amarillo jaramago. El vestíbulo aquel sirve de nido á los lagartos ; los salones, que despreciaron el peso de la montaña, á su gran pesadumbre se rindieron, mientras que el héroe, tristemente compungido dentro de su noble traje de fiero contrabandista, dice contando sus penas : — « Cuando hasta se cayó mi cueva, too puede caerse ; las cercunstansia de la vía, se suben y se bajan, y er hombre que no es resig-nao, mala puñalá le den y así se vea descuartisao. »

Descargado su pecho y exhaladas sus quejas, emprendimos la marcha hacia el Sacro Monte, bajando por la Cuesta de los Muertos, así llamada por ser el camino más recto para ir del barrio del Albaicín al cementerio. Seguíamos esa cuesta que se hunde en el barranco de la Alhambra, sombreada por sus torres, y fúnebre como su nombre, cuando, á poco de bajar, pasó por nuestro lado un entierro com-

puesto de un hombre llevando el féretro á cuestras, descubierto ; un niño dentro con el color de la cera ; dos hombres más, muy pobremente vestidos, como único acompañamiento, y todos á paso de carga, corriendo cuasi, como si tuviesen prisa de llegar pronto al cementerio.

Pasamos nosotros también de prisa, apartándonos de aquella rápida visión y, cruzando el Darro en el fondo del barranco, entramos en el barrio de la gente de tijeras.

Es el tal barrio un arrabal de Granada, un alto monte mirándose con la Alhambra, teniendo los pies entre flores y las áridas espaldas sirviendo de apoyo á blancas é hinchadas nubes. La falda del monte, cubierta de chumberas, de un verde gris azulado, de un tinte de hoja enfermiza, de un color de persiana desteñida, armonizando, en parentesco de tono, con las pitas sirviendo de barrera y con las sombras violetas del terreno. Una iglesia en lo alto, caminos como senderos de un belén cruzando detrás de las matas, las ruínas de una muralla bajando en zig zag por la cuesta, y entre las pitas y chumberas, ocultas entre espinas, acurrucadas como pequeñas madrigueras de animaluchos extraños, manchas blancas brillando bajo un sol de fuego, y un agujero en cada mancha sirviendo de entrada á una cueva, y formando juntas un barrio que tiene algo de improvisado campamento, de aduar de una tribu exótica, de ciudad de los tiempos primitivos y de lomo aplastado por un pueblo dormitando en su ladera.

Acercándose al barrio por un camino bordeado de grandes cruces de piedra, las casas van detallán-

dose y apareciendo muchas más ocultas entre las espinas, van pasando manadas enteras de borriquillos, el suelo va perdiendo sus manchas de violeta impresionistas, sustituidas por otras manchas más realistas ; las gallinas y marranos se pasean por el arroyo y por aquellas madrigueras, asoma el pueblo gitano abigarrado y colorido.

Allí, chiquillos desgreñados, revuelto el pelo de color indefinible, rubio de ocre, castaño gris, negro usado y desteñido, cayéndoles por los ojos como cascada de estopa, llevando retazos de ropa sucia por medio traje y dejando las piernas al descubierto, como brazos de esqueleto, de un moreno ceniciento manchado por el polvo del camino ; allí, mujeres harapientas con harapos de los colores más subidos, con telas pintarrajadas de cadmium y bermellón en gritería de tonos brutales y escandalosos, bruñido el cabello, el rostro mate y una flor en la cabeza, como nota delicada en un muro ruinoso ; allí, hombres de tez sienosa y morada, calzando gorra de pelo, chaquetilla torera, pantalones ajustados y sendos lustrosos pan y toros yendo á juntarse con las negrísimas pestañas ; allí viejas de edades inverosímiles, antiquísimos pergaminos olvidados en desvanes, apariciones de brujas, de fantasmas y de duendes, horrores de fealdad, momias gitanas disecadas en su cueva, y allí todos, esperando que pase algún forastero, para echársele encima en frenética gritería como manada de avechuchos, para seguir corriendo detrás del coche convirtiéndolo en fantástico pandemonium, para nadar entre el polvo, é iluminados entre el sol, trocarse en átomos de colores, en criaturas

vibraciones, en pinceladas delirantes lanzadas sobre una nube.

Saliendo de ella y siempre acompañados de su Alteza, entramos en una cueva, para ver más de cerca aquellas raras viviendas y enterarnos de las costumbres de sus típicos habitantes. Vivía en ella un matrimonio. Un gitano de la clase que llamaremos bucosa, por ser joven que llevaba los negros bucles con malicia, es decir, para estrago del otro sexo, y su señora consorte, de un color prudentemente moreno. Supusimos que eran parientes del Príncipe, (pues todos ellos son parientes) y les tratamos como á primos de su Alteza, y ellos se dignaron enseñarnos su refugio, sino del todo confortable, tampoco de exagerada limpieza.

Hemos dicho refugio, porque tal es la vivienda de esta gente, que si quisiéramos hacer frases, diríamos que los gitanos parecen un pueblo condenado por la historia. Oriundos de la India, según cuentan sabiazos que entienden de estas cosas, anduvieron errantes por la Persia, el Turquestán y otros terrenos, hasta el siglo XIII que se colaron en Europa. Ya en ella y dados á conocer, París cerróles sus puertas y dióles por asilo la Chapelle; desterróles Francisco I; sin forma de proceso les condenaron á cadenas en el siglo XVII; los estados de Orleans les proscribieron en 1560; en España les desterraron en 1492; luego en el Concilio de Tarragona, luego en Inglaterra en tiempo de Enrique VIII y luego en otras y en otras partes que me sería muy fácil de describir curioseando documentos, hasta que la Santa Inconsciencia los condujo al Sacro Monte y allí viven de refugio.

De qué y cómo, ya es cosa más complicada. Los laboriosos (que son pocos) se dedican á la noble profesión de forjar clavos y herraduras, y los demás no trabajan. Esperan á los extranjeros, se entretienen, cantan flamenco, viven de miseria y libertad, comercian con ropa vieja por pasatiempo, y como principal tarea, cambian borriquillos viejos por otros todavía más reviejos, barnizándolos y haciéndoles pasar, sino por jóvenes, por burros de media edad, como luego comprobamos.

Tal fué que, por no llevar todo el día la caja y los caballetes, acudiónos poseer un ejemplar de los susodichos borriquillos. La ocasión no podía ser más propicia. Estábamos relacionados con personas *inteligentes*, había feria aquella tarde, y ofrecíanse á servirnos de guía y de compañía; en vista de todo lo cual, el Príncipe, sus parientes y nosotros, con aire firme y resuelto, nos dirigimos á la memorable feria.

Tenía ésta lugar en el Triunfo. Una gran plaza con honores de plaza de armas desarmada, sombreada por algún árbol y llena de grupos pintorescos de gitanos, de chalanes y corredores de cambios y, sobre todo, de borricos. Habíanlos de todas formas y cataduras. Unos rizados de cuerpo entero, con los ojos muy tristes y mirando vagamente con cierta resignación; otros despeinados, despintados y apollillados, con el cuerpo lleno de *mataútras* y heridas más ó menos graves, las orejas caídas para siempre y la cola aletargada; algunos de antigüedad respetable, canosos y aburridos, muriéndose lentamente; los más con el cutis inservible y los huesos saliéndose de sus casillas, y todos se-

rios, muy serios y cabizbajos ; todos atados por las dos piernas traseras y saltando como canguros, todos pintados, cosidos y remendados por el ingenio del gitano, esperando con poca fe cambiar de dueño, para cambiar de suerte.

En cuanto corrió la noticia (y fué muy pronto) de que queríamos comprar uno de aquellos fulanos, nos vimos rodeados de improviso por todo el personal de la feria.

Aquello fué el diluvio universal. ¡ Qué lluvia de gritos ! ¡ Qué de palabrería incomprensible ! ¡ Qué de proposiciones y gangas nos ofrecieron !

— ¿ Cuánto este borriquillo gris-perla ? preguntamos.

— Doce duro, pero ofrezca usted sei.... y es de ustedes.

No ofrecí nada por temor de quedarnos con la víctima, pero, en vista de que la cosa iba tomando proporciones alarmantes y de que estábamos comprometidos delante del Príncipe y el pueblo, ofrecimos dos duros por una borrica parda, llamada Cepriana por mal nombre, con lo cual nos ganamos una tempestad de insultos, á más del animal, cedido en un arranque de líricas imprecaciones.

Apenas Cepriana fué nuestra, como si tuviera un resorte en sus vacíos adentros ó fuera vendida al oro gitano ó perdiera las fórmulas del equilibrio, el caso fué que se acostó en el santo suelo buenamente y que, ya en él, no había medio humano ni humanitario de convencer á Cepriana que cambiara de actitud. ¡ Por Dios, levántate, Cepriana, le decíamos (rodeados de todo el coro de gitanos). Considera que llevamos mucha prisa ! Que no hemos

venido á Granada para estar aguantando tus caprichos. — No había medio. — « Arre ya, no sea pinturera. Levántate ó mal enterrá te vea » (le dijeron los primitos). — Tampoco nada. — Ni el Príncipe en persona tenía autoridad bastante sobre aquella terquísima criatura.

Levantóse, por fin, por su propia voluntad, y seguidos de gran acompañamiento, emprendimos una marcha que tuvo mucho de fúnebre.

A fuerza de propinas, nos despejamos poco á poco del personal acompañante (corredores todos que intervinieron en la compra) y nos encontramos solos, Cepriana, el Príncipe, los primos y nosotros, subiendo á pie por la cuesta de la Alhambra.

Allí notamos que Cepriana veía poco y cojeaba. A la pobre, por lo visto, ni le gustaban las cuestas; andaba á tientas y con muy mala voluntad ; deteníase á cada paso y temía tal vez morir por el camino.

Así lo temimos nosotros, y en vez de llevarnos las cajas, como era el trato y la intención, ayudamos á Cepriana hasta meterla en su cuarto.

V

Los cármenes de Granada

Nadie habrá lanzado el pensamiento á viajar por las orillas del Genil, el poético y afortunado río que se mueve entre alfombra de verdura, sin que,